

LIBROS / Críticas

La pasión del lector implacable

La literatura como mentira reúne los ensayos literarios de Giorgio Manganelli. De Dumas a Joyce, para él no existen jerarquías oficiales. La única regla de oro es la inteligencia

Por Alberto Manguel

ENSAYO. QUIZÁS PORQUE LA LECTURA ES una actividad íntima y solitaria, el lector siente, después de cerrar un libro que le ha gustado, la necesidad de contarle a otro su experiencia. De ese generoso impulso nacen los oficios de editor (cuando no se trata de una vocación de tendero), de traductor, de antólogo, de reseñador. Una colección de ensayos de Giorgio Manganelli (1922-1990), desgraciadamente traducidos por Mariagiiovanna Laurretta bajo el título *La literatura como mentira*, es prueba de tal generosidad. A pesar de lo dicho, Manganelli dudaba "que el cometido del crítico sea ser generoso, omnicomprendivo o vagamente neoclásico". Manganelli fue uno de los más inteligentes críticos italianos, ensayista exquisito en un país en el que la estafa financiera es un peccadillo menor pero la torpeza estilística no tiene perdón de Dios. Su campo de interés fue vasto, aunque solía concentrarse en la literatura de lengua inglesa, que Manganelli leyó con ojos de *recienvenido*. Stevenson y Dickens fueron para él autores de su siglo XX, y otros, menos conocidos por los ingleses mismos (Edwin A. Abbott, Ronald Firbank, Ivy Compton-Burnett), ocuparon en sus estanterías el mismo lugar que los clásicos canónicos. Algunas otras literaturas estuvieron representadas (Hoffmann y Dumas), pero es la de las islas Británicas la que Manganelli sintió como más suya.

Manganelli hablaba de los libros que había leído como si quisiera que nosotros también participásemos en su comentario. Considerando la obra de una figura ejemplar de la novela inglesa del siglo XIX, Thomas Love Peacock (y aquí debo confesar mis celos literarios al comprobar que uno de mis autores secretos fue descubierto por otro lector), Manganelli dice: "Da gusto toparse —en pleno re-

La literatura como mentira

Giorgio Manganelli
Traducción de
Mariagiiovanna Laurretta
Diotrias
Madrid, 2015
288 páginas
19,92 euros

—en pleno revuelo romántico— con una figura de coherencia regulada y exacta que prefiere, con parcialidad elegante, la lógica al rayo emotivo; un escritor en cuya página



El escritor italiano Giorgio Manganelli, visto por Sciammarella.

los puntos de exclamación llevan un infalible sonido irónico". A lo cual el lector responde: "Así lo pienso yo también". Y empieza la conversación.

Las jerarquías oficiales no existen para Manganelli: Joyce y O. Henry, Lewis Carroll y Nabokov convergen en la misma frase. Y sus juicios son tan exactos como inusitados. Al final de *Los tres mosqueteros*, por ejemplo, cuando los personajes "se despiden de nuestros aplausos", Manganelli siente que de pronto "algo se corrompe y se desmorona", porque la sucesión de acontecimientos no tiene un verdadero centro intelectual para mantener la coherencia del conjunto. Dickens es un escritor "delicioso e irritante". El estilo de Lovecraft es "de una torpeza genial". *El amante de Lady Chatterley*, de D. H. Lawrence, "no es un gran libro" pero el autor supo conceder a su heroína una "violencia impersonal" que le permite aceptar su destino y no tener miedo a "la agresión social", espléndido epíteto de Manganelli para nombrar la aparición del erotismo brutal y sincero.

La sección más extensa —tres ensayos— está dedicada no a un novelista ni a un poeta, sino a otro crítico, Edmund Wilson, quien, como Manganelli pero con menos brío, compartió con otros lectores sus sabias lecturas. A Wilson, Manganelli atribuye una pesquisa de las mentiras de la literatura, en el mejor sentido de la palabra, eso que Dante llamaba "errores que no son falsos". Ese credo es también el de Manganelli. "La obra literaria", escribe en el ensayo que da título al libro, "es un artefacto de destino incierto e irónicamente fatal". Y el destino del escritor "es trabajar, cada vez con mayor conciencia, en un texto cada vez más falto de sentido, en fríos exorcismos que desenca-

denen la dinámica furiosa de la invención lingüística". Casi un siglo antes, Flaubert había expresado este gozoso pesimismo diciendo: "La palabra humana es como una cacerola abollada sobre la que tamborileamos melodías para hacer bailar a los osos, aunque en verdad anhélamos entretener con ellas a los astros".

En el mismo artículo sobre Peacock, Manganelli acota: "Una sola acusación se repite en todas sus obras, un solo juicio sobre los románticos: no razonan con claridad, se complacen en distracciones emotivas frente a la primera obligación del buen razonamiento, aman aquella oscuridad, aquella ambigüedad detrás de cuya prepotencia y corrupción encuentran su legitimación retórica. Ese es el motivo de que los desprecie por deshonestos". Ese juicio implacable también es el de Manganelli. El lector genial que fue quiere compartir con otros sus lecturas, a condición de que sean inteligentes. La estupidéz, al contrario del arte de contar mentiras, es para él la única imperdonable falta de honestidad. •

Carta de amor a una ciudad

Por Patricio Pron

MEMORIAS. ANATOLE BROYARD MURIÓ a los 70 años en 1990. Lo hizo dejando dos libros inéditos, *Ebrio de enfermedad* (publicado por La Uña Rota en 2013) y estas "memorias del Greenwich Village" que abandonó cuando se le diagnosticó el cáncer de próstata que acabó con su vida. Según su viuda, "tenía intención de hablar de la muerte de su padre en la última parte". Autor casi secreto y crítico muy influyente, si acaso algo eclipsado por los grandísimos nombres de la literatura estadounidense de su tiempo, Broyard nunca llegó a escribir ese capítulo.

Lo que narró en *Cuando Kafka hacia furor* es, en cambio, su introducción en los círculos intelectuales del Greenwich Village neoyorquino después de su regreso de la Segunda Guerra Mundial, su relación amorosa con la pintora Sheri Martinelli (Donatti en el libro), sus esfuerzos por convertirse en librero, su aprendizaje del sexo, la literatura, la soledad y la traición y sus encuentros con sus contemporáneos.

Que Broyard sólo podía ser eclipsado por estos resulta evidente cuando se enumera los que conoció personalmente en 1946: W. H. Auden ("parecía un hombre que huiese de un edificio en llamas"), Erich Fromm ("era bajito y rechoncho; tenía la cara ancha, y a mí me recordaba a una gallina empollando sus huevos"), Anaís Nin ("se pintaba los labios con suma precisión y llevaba las cejas depiladas y dibujadas, con



Cuando Kafka hacia furor
Anatole Broyard
Traducción de Catalina Martínez Muñoz
La Uña Rota
Segovia, 2015
211 páginas. 16 euros

lo que daba la impresión de haber escrito su propio rostro"), el historiador del arte Meyer Schapiro, Delmore Schwartz, Dylan Thomas ("ya no era el querebín guapo [...] sino un hombre hinchado por el alcohol y quizá por la pena, o por la poesía. Parecía como un juguete inflable al que hubiesen inflado más de la cuenta").

Broyard tenía un talento extraordinario para las descripciones. En *Cuando Kafka hacia furor* estas brillan, como resultado de la gran capacidad de introspección del autor. Al final de la lectura, sin embargo, tan sólo queda en el lector la emoción con la que habla de los libros ("nuestro clima, nuestro entorno, nuestra ropa"), su evocación del sexo en 1947 como incomodidad y misterio y la sensación de que ha leído una carta de amor a una ciudad y a un tiempo ("era como París en los años veinte, con la diferencia de que estábamos en nuestra ciudad [...] y compartíamos la aventura de intentar ser escritores o pintores, de empezar a serlo") que no son los nuestros. Quizás el problema (además de lo sorprendentemente descuidada de esta edición) sea que no hay nada menos interesante que una carta de amor que no hemos escrito y de la que no somos los destinatarios. •

Islas vivas en medio de la nada

Por Jordi Gracia

DIARIOS. COMO LE SUCEDE al autor, también estoy seguro de que hay aquí una metáfora de algo pero no sé exactamente de qué ni qué es lo que anima estos diarios de un señor de aire apacible, con 60 años bien cumplidos, entre Bilbao y Benidorm y de nombre Iñaki Uriarte. Tampoco doy con la respuesta, leídos con la lentitud intrigada y entregada de las cosas que llegan por sorpresa, como llegó el primero hace ahora cinco años, en 2010. Yo creo que al propio Iñaki Uriarte le ha pasado, mientras los escribía, algo parecido a lo que nos pasa a los demás leyéndolos: cómo puede nadie interesarse por la observación de los intermedios de una vida, las pausas reflexivas, las esquinas de las horas y de los libros, algún viaje suelto



Diarios 2008-2010
Iñaki Uriarte
Pepitas de Calabaza
Logroño, 2015
125 páginas. 14 euros

y alguna evocación familiar o literaria. La descripción podría cuadrar con muchísimas de las páginas del extremo caudaloso de esta misma vena del dietarismo contemporáneo, Andrés Trapiello. Porque comparten muchas cosas: el humor sin carcajada pero sí con malicia perpleja, la rumia aprensiva del tiempo perdido, el *metadietario* como parte del diario o la tensión de la publicidad de la vida privada. Es, por cierto, lo más nuevo en este tercer volumen: el recelo a verse expuesto a la mirada de los otros cuando ha decidido ya publicarlos. Pero de ahí nace

también la alegría de largarse de viaje a Boston y a Providence gracias al primer volumen y a la invitación de Eduardo Lago para visitar el Instituto Cervantes de Nueva York.

Los yonquis del género sabemos que las novedades son lo de menos. No sólo afean la cadencia natural y cíclica que suele tener, sino que distraen de lo fundamental, y lo fundamental es que no pase nada, o que pase tan poco que llegue a la página del diario el espacio vivo entre el resto de espacios ocupados de cada hora: el trabajo, la compra, la comida, la entrada de este o la salida de aquel. Los mejores diarios se hacen de islas vivas en medio de la nada, y éste también. Quizá por eso no hay duda de que estos libritos actuarán como la vieja, clásica y burlona literatura, de Montaigne para acá. No son libros para espíritus apartados en el sosiego de sus rumias sino al revés: son descargas lúcidas para los acelerados psicópatas del trabajo y la impaciencia, la prisa y el ansia. Seguimos enganchados a ellos sin saber exactamente de qué pueda ser metáfora esa feliz fidelidad. •